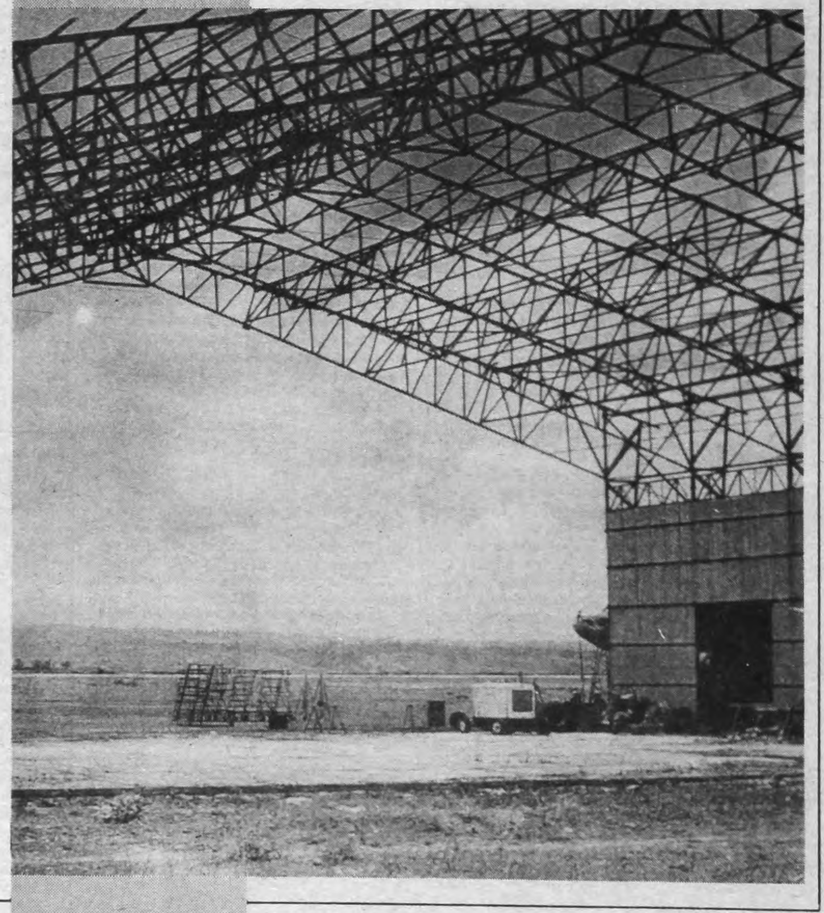
RAYMOND CARVER

LOS PADRES TIENEN ABUELOS

Para los jóvenes argentinos de treinta años que leen libros, hay dos líderes de la literatura norteamericana. El primero que llegó es Charles Bukowski, que está vivo. El otro, Raymond Carver, nació en Oregon, en 1939, y murió en agosto de 1988. Cincuenta y un años de una vida marginal o simplemente alcohólica. Se lo considera —en su país, en el mundo— como el narrador que rescató el cuento corto. En todas las artes, esa teoría del despojo del lenguaje se llama "minimal". Definido, en los años cincuenta, como "uno de los escritores de la nueva ola que escribe en un estilo íntimo, casi nostálgico, sobre gente común en situaciones comunes" (junto con David Leavitt, Amy Hempel, Peter Cemron y Lorrie Moore) tendría en común con ellos "que son de clase media y estudiaron creación literaria en la universidad". La Editorial Anagrama —de Barcelona— ha publicado "Catedral", "De qué hablamos cuando hablamos de amor" y "Desde donde llamo". Se respeta la traducción del cuento que se publica. Las fotos, que datan de la época que Carver retrata en palabras, fueron tomadas por el director cinematográfico Wim Wenders ("París-Texas", "El estado de las cosas"), quien también le puso los epígrafes. Carver reconoce que algo de lo que hizo ya estaba en Hemingway.

En setiembre de 1988 —"Punto y Aparte", Montevideo, Uruguay— Elvio Gandolfo publicó una nota sobre Carver e incluyó el texto que hoy va en la contratapa.



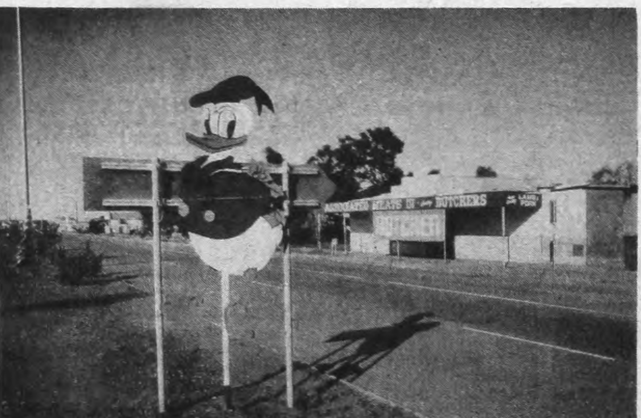


CULTURAS

Suplemento de **Página/12**

LA TER
DE LAS
QUE ACA
CON M

Por Raym



"Construyeron autopistas y estaciones de servicio. La civilización llegó, pasó y ahora, nuevamente, está por desaparecer". (W.W.)

Te diré lo que llevó a mi padre a la tumba. Lo tercero fue Dummy, la muerte de Dummy. Lo primero fue Pearl Harbor. Y lo segundo, irse a vivir a la granja de mi abuelo, cerca de Wenatchee. Allí fue donde mi padre acabó sus días. Sólo que probablemente acabaron antes.

Mi padre echó la culpa de la muerte de Dummy a la mujer de Dummy. Luego les echó la culpa a los peces. Y por último se echó la culpa a sí mismo, porque había sido él quien le enseñó el anuncio de la última página del *Field and Stream*, que ofrecía el envío de percas negras vivas a cualquier parte de los Estados Unidos.

Justo después de recibir las percas fue cuando Dummy empezó a actuar de forma extraña. Las percas le cambiaron toda la personalidad a Dummy. Eso es lo que mi padre afirmaba.

Nunca llegué a conocer el verdadero nombre de Dummy. Si alguien lo sabía, nunca se lo oí decir. Era Dummy entonces, y hoy lo recuerdo como Dummy. Era un hombre pequeño y arrugado, calvo, bajo pero con mucha fuerza en brazos y piernas. Cuando se reía —muy raras veces—, los labios se le replegaban sobre los dientes pardos y mellados. Esto le daba un aire astuto. Cuando le hablabas, sus ojos acuosos se quedaban fijos en tu boca; y cuando no le hablabas los fijaba en cualquier parte imprevisible de tu cuerpo.

No creo que fuese sordo realmente. O al menos no tan sordo como pretendía hacer creer. Pero lo que no podía era hablar. Eso seguro.

Sordo o no, Dummy había trabajado de peón en el aserradero desde los años veinte. La empresa era la Cascade Lumber Company, de Yakima, Washington. En los años en que lo conocí trabajaba como mozo de la limpieza. Y en todo aquel tiempo no le vi nunca con nada diferente. Quiero decir distinto del sombrero de fieltro, la camisa de faena caqui, la chaqueta de tela vaquera y el mono. En los bolsillos de la chaqueta llevaba rollos de papel higiénico, pues entre sus tareas tenía a cargo la limpieza y suministro de los retretes. Y eso le daba trabajo, ya que los hombres del turno de noche solían salir del aserradero con uno o dos rollos en la tartera.

Dummy llevaba una linterna, aunque su turno era de día. Iba provisto también de llaves inglesas, alicates, destornilladores, cinta aislante, todo lo propio del personal de mantenimiento en un aserradero. Bien, y eso hacía que le tomaran el pelo, por cómo era y porque siempre acarreaba todo tipo de herramientas. De los que le tomaban el pelo a Dummy, los peores eran Carl Lowe, Ted Slade y Johnny Wait. Pero Dummy se lo tomaba con calma. Creo que se había acostumbrado a ello.

Mi padre jamás le tomaba el pelo a Dummy. Al menos, que yo supiera. Papá era un hombre grande, de hombros fuertes y pelo cortado a cepillo, con papada y tripa voluminosa. Dummy siempre estaba mirándole la panza. Entraba en el taller de afilado donde trabajaba mi padre, se sentaba en una banqueta y se quedaba mirándole la panza mientras papá aplicaba las grandes ruedas de esmeril al filo de las sierras.

Dummy tenía una casa tan buena como la de cualquiera.

Era una vivienda con cubierta de papel alquitranado situada cerca del río, a cinco o seis millas de la ciudad. A media milla de la parte trasera de la casa, al final de unos pastos, había una gran cantera de grava que el Estado había explotado para pavimentar las carreteras de los alrededores. Se habían excavado tres enormes fosas que con los años se llenaron de agua. Más tarde las tres se unieron y llegaron a ser una.

Era una charca profunda. Y de color negruzco.

Además de una casa, Dummy tenía una esposa. Era más joven que él, y se decía que andaba con mexicanos. Mi padre decía que eran chismes de metomentodo, de tipos como Lowe y Wait y Slade.

Era una mujer menuda y robusta con ojos pequeños y brillantes. La primera vez que la vi, me fijé en sus ojos. Fue una vez en que Pete Jensen y yo íbamos en bicicleta y nos paramos en su casa a pedir un vaso con agua.

Cuando abrió la puerta, le expliqué que era el hijo de Del Fraser. Y añadí:

—Trabaja con... —y me di cuenta a tiempo—. Ya sabe, con su marido. Estamos dando una vuelta en bici y hemos pensado pedirle un vaso con agua.

—Esperad aquí —dijo ella.

Volvió con una tacita de metal en cada mano. Yo me bebí la mía de un solo trago.

Y no nos ofreció más. Nos miró en silencio. Cuando nos montábamos en las bicicletas se acercó al borde del porche.

—Eh, chicos: si tuvierais coche, me daría una vuelta con vosotros.

Se sonrió de oreja a oreja. Me dio la impresión de que aquellos dientes eran demasiado grandes para su boca.

—Vamos —decidió Pete, y nos fuimos.

No había muchos sitios donde pescar percas en nuestra zona del estado. Lo que más había era trucha arco iris, algo de trucha común y de Dolly Varden[1] en algunos riachuelos de las montañas altas, y peces plateados en Blue Lake y Lake Rimrock. Normalmente esto era todo, si exceptuamos las migraciones de las truchas arco iris gigantes y de los salmones en algunos ríos del interior a finales del otoño. Pero si uno era pescador, bastaba con lo que había para no cruzarse de brazos. Nadie pescaba percas. Muchos conocidos míos no habían visto percas más que en fotografías. Pero mi padre había visto muchas de niño en Arkansas y Georgia, y, como Dummy era amigo suyo, tenía grandes esperanzas de ir a pescar con él las suyas.

Aquel día —cuando llegaron las percas— yo había ido a nadar a la piscina de la ciudad. Recuerdo que llegué a casa y volví a salir para ir a recogerlas, pues papá iba a echarle a Dummy una mano. Eran tres tanques que venían por paquete postal desde Baton Rouge, Louisiana.

Fuimos los tres en la camioneta de Dummy, papá y Dummy y yo.

Los tanques resultaron ser en realidad cubas, embaladas todas ellas en grandes cajas de pino. Las habían dejado en el suelo a la sombra, en un extremo de la estación, y papá y Dummy las subieron entre los dos, una a una, a la camioneta.

Dummy condujo con cuidado por la ciudad, y con idéntico cuidado hasta su casa. Atravesó su parcela sin pararse. Siguió y paró la camioneta a unos palmos de la charca. Para entonces casi había anochecido. Dejó los faros encendidos y sacó de debajo del asiento un martillo y un hierro de cambiar neumáticos. Luego, entre los dos, empujaron los embalajes hasta el borde del agua y se pusieron a abrir a golpes el primero.

Las cubas iban envueltas en arpillera, y las tapas tenían agujeros del tamaño de monedas de cinco centavos. Levantaron la tapa de la primera y Dummy alumbró el interior con la linterna.

Era como si un millón de diminutas percas bulleran allí dentro, en el agua. Un espectáculo de lo más extraño: todas aquellas criaturas vivas agitándose en el pequeño océano que había venido en aquel tren.

Dummy inclinó la cuba sobre el borde y vació su contenido en la charca. Cogió la linterna y alumbró la superficie del agua. Pero ya no podía verse nada. Lo que se oía era el canto de las ranas, pero a las ranas se las oía siempre en cuanto anochecía.

—Déjame las otras cajas —dijo mi padre, y se acercó a él en ademán de cogerle el martillo del bolsillo del mono. Pero Dummy retrocedió y sacudió la cabeza.

Abrió él mismo los embalajes restantes, y al hacerlo se hirió la mano y dejó oscuras gotas de sangre sobre uno de los listones.

A partir de aquella noche Dummy cambió.

Ya no dejaba acercarse por allí a nadie. Valló el pasto, y luego puso alambre de espino electrificado alrededor de la charca. Contaban que la alambrada le costó todos sus ahorros.

Mi padre, claro está, dejó de tener relación con Dummy a partir de entonces. A partir de que Dummy le impidió el paso. No es que no le dejara pescar, no, ya que las percas seguían siendo alevines, sino que no le dejaba siquiera echar un vistazo.

Una noche, dos años después —papá trabajaba de noche y yo le llevaba la comida y té helado—, encontré a mi padre hablando con Syd Glover, el encargado de mantenimiento. Nada más entrar, le oí decir:

—Por su forma de actuar, se diría que el muy chalado está casado con esos peces.

—Pues por lo que yo he oído —dijo Syd—, haría mejor poniendo la alambrada alrededor de su casa.

Entonces mi padre me vio, y vi cómo le hacía a Syd un gesto con los ojos.

Pero un mes después mi padre consiguió por fin que Dummy lo hiciera. Es decir: le explicó cómo tenía que deshacerse de las débiles para que se desarrollaran como es debido las restantes. Dummy se quedó allí de pie, tirándose de la oreja y mirando al suelo. Papá dijo que adelante, que, como había que hacerlo, bajaría él al día siguiente a encargarse de ello. Dummy, a decir verdad, en ningún momento dijo que sí. No dijo que no, simplemente. Lo único que hizo fue volver a tirarse de la oreja unas cuantas veces.

Cuando papá llegó a casa aquel día, yo estaba esperándole, ya listo. Había sacado sus viejos señuelos para percas y estaba probando con el dedo los anzuelos triples.

—¿Estás listo? —me gritó al saltar del coche—. Voy un momento al baño; pon las cosas dentro. Si quieres puedes llevar tú el coche.

Puse las cosas sobre el asiento trasero, y estaba probando el volante cuando lo vi salir con su sombrero de pesca y comiendo un trozo de pastel con las dos manos.

Mi madre, de pie en la puerta, nos miraba. Era una mujer de tez clara, con el pelo rubio peinado hacia atrás en un ceñido moño sujeto con una horquilla de bisutería. Me pregunto si salió alguna vez en aquellos días felices; o qué es lo que en realidad hacía.

Solté el freno de mano. Mi madre siguió mirando hasta que cambié todas las marchas, y entonces, aún sin sonreír, volvió a entrar en casa.

Hacía buena tarde. Llevábamos las ventanillas bajadas para que entrara el aire. Cruzamos el Moxee Bridge, torcimos hacia el oeste y tomamos Slater Road. Había campos de alfalfa a ambos lados de la carretera, y más adelante maizales.

Papá llevaba la mano fuera de la ventanilla. Dejaba que el viento se la empujara hacia atrás. No había duda de que se sentía inquieto.

No tardamos mucho en llegar a casa de Dummy. Salió; llevaba puesto su sombrero. Su mujer miraba por la ventana.

—¿Tienes preparada la sartén? —le gritó papá a Dummy, pero Dummy seguía allí quieto, mirando el coche—. ¡Eh, Dummy!



"Toda la idea del Oeste está ahí. Ese paisaje mítico que no ha sido verdaderamente conquistado. Todo lo contrario." (W.W..)

Hemingway no sería el único

—¿Qué autores en particular han influenciado su desarrollo literario?

—Ernest Hemingway, sin lugar a dudas, pero creo que de alguna forma somos todos hijos de Hemingway, por lo menos los escritores que a mí me interesan. Chéjov, por cierto y Tolstoi. Hay un escritor ruso llamado Isaac Babel, cuyos cuentos me influenciaron mucho cuando los leí. Especialmente Tolstoi. Los cuentos cortos y las novelas de Tolstoi. A menudo un escritor se encuentra en la posición —o por lo menos a este escritor le sucede— de admirar a escritores que son bastante disímiles de lo que uno está haciendo o tratando de hacer.

—¿Cuántos de sus cuentos surgen de su experiencia personal? Sé que luchó contra el alcoholismo en los '70 y esto aparece bastante a menudo en su obra.

—Los cuentos no salen de burbujas, por supuesto, y los cuentos que yo más admiro tienen un punto de partida, una línea de referencia, del mundo real, al mundo de ficción que trato de crear.

(De una entrevista en Speak Up, Planeta - De Agostini, Barcelona, 1988)

LA TERCERA DE LAS COSAS QUE ACABARON CON MI PADRE

Por Raymond Carver



"Construyeron autopistas y estaciones de servicio. La civilización llegó, pasó y ahora, nuevamente, está por desaparecer". (W.W.)

Te diré lo que llevó a mi padre a la tumba. Lo tercero fue Dummy, la muerte de Dummy. Lo primero fue Pearl Harbor. Y lo segundo, irse a vivir a la granja de mi abuelo, cerca de Wenatchee. Allí fue donde mi padre acabó sus días. Sólo que probablemente acabaron antes.

Mi padre echó la culpa de la muerte de Dummy a la mujer de Dummy. Luego les echó la culpa a los peces. Y por último se echó la culpa a sí mismo, porque había sido él quien le enseñó el anuncio de la última página del *Field and Stream*, que ofrecía el envío de percas negras vivas a cualquier parte de los Estados Unidos.

Justo después de recibir las percas fue cuando Dummy empezó a actuar de forma extraña. Las percas le cambiaron toda la personalidad a Dummy. Eso es lo que mi padre afirmaba.

Nunca llegué a conocer el verdadero nombre de Dummy. Si alguien lo sabía, nunca se lo oí decir. Era Dummy entonces, y hoy lo recuerdo como Dummy. Era un hombre pequeño y arrugado, calvo, bajo pero con mucha fuerza en brazos y piernas. Cuando se reía —muy raras veces—, los labios se le replegaban sobre los dientes pardos y mellados. Esto le daba un aire astuto. Cuando le hablabas, sus ojos acuosos se quedaban fijos en tu boca; y cuando no le hablabas los fijaba en cualquier parte imprevisible de tu cuerpo.

No creo que fuese sordo realmente. O al menos no tan sordo como pretendía hacer creer. Pero lo que no podía era hablar. Eso seguro.

Sordo o no, Dummy había trabajado de peón en el aserradero desde los años veinte. La empresa era la Cascade Lumber Company, de Yakima, Washington. En los años en que lo conocí trabajaba como mozo de la limpieza. Y en todo aquel tiempo no le vi nunca con nada diferente. Quiero decir distinto del sombrero de fieltro, la camisa de faena caqui, la chaqueta de tela vaquera y el mono. En los bolsillos de la chaqueta llevaba rollos de papel higiénico, pues entre sus tareas tenía a cargo la limpieza y suministro de los retretes. Y eso le daba trabajo, ya que los hombres del turno de noche solían salir del aserradero con uno o dos rollos en la tartera.

Dummy llevaba una linterna, aunque su turno era de día. Iba provisto también de llaves inglesas, alicates, destornilladores, cinta aislante, todo lo propio del personal de mantenimiento en un aserradero. Bien, y eso hacía que le tomaran el pelo, por cómo era y porque siempre acarreaba todo tipo de herramientas. De los que le tomaban el pelo a Dummy, los peores eran Carl Lowe, Ted Slade y Johnny Wait. Pero Dummy se lo tomaba con calma. Creo que se había acostumbrado a ello.

Mi padre jamás le tomaba el pelo a Dummy. Al menos, que yo supiera. Papá era un hombre grande, de hombros fuertes y pelo cortado a cepillo, con papada y tripa voluminosa. Dummy siempre estaba mirándole la panza. Entraba en el taller de afilado donde trabajaba mi padre, se sentaba en una banqueta y se quedaba mirándole la panza mientras papá aplicaba las grandes ruedas de esmeril al filo de las sierras.

Dummy tenía una casa tan buena como la de cualquiera.

Era una vivienda con cubierta de papel alquitranado situada cerca del río, a cinco o seis millas de la ciudad. A media milla de la parte trasera de la casa, al final de unos pastos, había una gran cantera de grava que el Estado había explotado para pavimentar las carreteras de los alrededores. Se habían excavado tres enormes fosas que con los años se llenaron de agua. Más tarde las tres se unieron y llegaron a ser una.

Era una charca profunda. Y de color negruzco.

Además de una casa, Dummy tenía una esposa. Era más joven que él, y se decía que andaba con mexicanos. Mi padre decía que eran chismes de metomentodo, de tipos como Lowe y Wait y Slade.

Era una mujer menuda y robusta con ojos pequeños y brillantes. La primera vez que la vi, me fijé en sus ojos. Fue una vez en que Pete Jensen y yo íbamos en bicicleta y nos paramos en su casa a pedir un vaso con agua.

Cuando abrió la puerta, le expliqué que era el hijo de Del Fraser. Y añadí:

—Trabaja con... —y me di cuenta a tiempo—. Ya sabe, con su marido. Estamos dando una vuelta en bici y hemos pensado pedirle un vaso con agua.

—Esperad aquí —dijo ella.

Volvió con una tacita de metal en cada mano. Yo me bebí la mía de un solo trago.

Y no nos ofreció más. Nos miró en silencio. Cuando nos montábamos en las bicicletas se acercó al borde del porche.

—Eh, chicos: si tuvierais coche, me daría una vuelta con vosotros.

Se sonrió de oreja a oreja. Me dio la impresión de que aquellos dientes eran demasiado grandes para su boca.

—Vamos —decidió Pete, y nos fuimos.

No había muchos sitios donde pescar percas en nuestra zona del estado. Lo que más había era trucha arco iris, algo de trucha común y de Dolly Varden[1] en algunos riachuelos de las montañas altas, y peces plateados en Blue Lake y Lake Rimrock. Normalmente esto era todo, si exceptuamos las migraciones de las truchas arco iris gigantes y de los salmones en algunos ríos del interior a finales del otoño. Pero si uno era pescador, bastaba con lo que había para no cruzarse de brazos. Nadie pescaba percas. Muchos conocidos míos no habían visto percas más que en fotografías. Pero mi padre había visto muchas de niño en Arkansas y Georgia, y, como Dummy era amigo suyo, tenía grandes esperanzas de ir a pescar con él las suyas.

Aquel día —cuando llegaron las percas— yo había ido a nadar a la piscina de la ciudad. Recuerdo que llegué a casa y volví a salir para ir a recogerlas, pues papá iba a echarle a Dummy una mano. Eran tres tanques que venían por paquete postal desde Baton Rouge, Louisiana.

Fuimos los tres en la camioneta de Dummy, papá y Dummy y yo.

Los tanques resultaron ser en realidad cubas, embaladas todas ellas en grandes cajas de pino. Las habían dejado en el suelo a la sombra, en un extremo de la estación, y papá y Dummy las subieron entre los dos, una a una, a la camioneta.

Dummy condujo con cuidado por la ciudad, y con idéntico cuidado hasta su casa. Atravesó su parcela sin pararse. Siguió y paró la camioneta a unos palmos de la charca. Para entonces casi había anochecido. Dejó los faros encendidos y sacó de debajo del asiento un martillo y un hierro de cambiar neumáticos. Luego, entre los dos, empujaron los embalajes hasta el borde del agua y se pusieron a abrir a golpes el primero.

Las cubas iban envueltas en arpillera, y las tapas tenían agujeros del tamaño de monedas de cinco centavos. Levantaron la tapa de la primera y Dummy alumbró el interior con la linterna.

Era como si un millón de diminutas percas bulleran allí dentro, en el agua. Un espectáculo de lo más extraño: todas aquellas criaturas vivas agitándose en el pequeño océano que había venido en aquel tren.

Dummy inclinó la cuba sobre el borde y vació su contenido en la charca. Cogió la linterna y alumbró la superficie del agua. Pero ya no podía verse nada. Lo que se oía era el canto de las ranas, pero a las ranas se las oía siempre en cuanto anochecía.

—Déjame las otras cajas —dijo mi padre, y se acercó a él en ademán de cogerle el martillo del bolsillo del mono. Pero Dummy retrocedió y sacudió la cabeza.

Abrió él mismo los embalajes restantes, y al hacerlo se hirió la mano y dejó oscuras gotas de sangre sobre uno de los listones.

A partir de aquella noche Dummy cambió.

Ya no dejaba acercarse por allí a nadie. Valló el pasto, y luego puso alambre de espino electrificado alrededor de la charca. Contaban que la alambrada le costó todos sus ahorros.

Mi padre, claro está, dejó de tener relación con Dummy a partir de entonces. A partir de que Dummy le impidió el paso. No es que no le dejara pescar, no, ya que las percas seguían siendo alevines, sino que no le dejaba siquiera echar un vistazo.

Una noche, dos años después —papá trabajaba de noche y yo le llevaba la comida y té helado—, encontré a mi padre hablando con Syd Glover, el encargado de mantenimiento. Nada más entrar, le oí decir:

—Por su forma de actuar, se diría que el muy chalado está casado con esos peces.

—Pues por lo que yo he oído —dijo Syd—, haría mejor poniendo la alambrada alrededor de su casa.

Entonces mi padre me vio, y vi cómo le hacía a Syd un gesto con los ojos.

Pero un mes después mi padre consiguió por fin que Dummy lo hiciera. Es decir: le explicó cómo tenía que deshacerse de las débiles para que se desarrollaran como es debido las restantes. Dummy se quedó allí de pie, tirándose de la oreja y mirando al suelo. Papá dijo que adelante, que, como había que hacerlo, bajaría él al día siguiente a encargarse de ello. Dummy, a decir verdad, en ningún momento dijo que sí. No dijo que no, simplemente. Lo único que hizo fue volver a tirarse de la oreja unas cuantas veces.

Cuando papá llegó a casa aquel día, yo estaba esperándole, ya listo. Había sacado sus viejos señuelos para percas y estaba probando con el dedo los anzuelos triples.

—¿Estás listo? —me gritó al saltar del coche—. Voy un momento al baño; pon las cosas dentro. Si quieres puedes llevar tú el coche.

Puse las cosas sobre el asiento trasero, y estaba probando el volante cuando lo vi salir con su sombrero de pesca y comiendo un trozo de pastel con las dos manos.

Mi madre, de pie en la puerta, nos miraba. Era una mujer de tez clara, con el pelo rubio peinado hacia atrás en un ceñido moño sujeto con una horquilla de bisutería. Me pregunto si salió alguna vez en aquellos días felices; o qué es lo que en realidad hacía.

Solté el freno de mano. Mi madre siguió mirando hasta que cambié todas las marchas, y entonces, aún sin sonreír, volvió a entrar en casa.

Hacía buena tarde. Llevábamos las ventanillas bajadas para que entrara el aire. Cruzamos el Moxee Bridge, torcimos hacia el oeste y tomamos Slater Road. Había campos de alfalfa a ambos lados de la carretera, y más adelante maizales.

Papá llevaba la mano fuera de la ventanilla. Dejaba que el viento se la empujara hacia atrás. No había duda de que se sentía inquieto.

No tardamos mucho en llegar a casa de Dummy. Salió; llevaba puesto su sombrero. Su mujer miraba por la ventana.

—¿Tienes preparada la sartén? —le gritó papá a Dummy, pero Dummy seguía allí quieto, mirando el coche—. ¡Eh, Dummy! —le llamó papá—. ¡Eh, Dummy, ¿dónde está tu caña, Dummy?

Dummy movió agitadamente la cabeza. Desplazó su peso de una pierna a otra y miró al suelo y luego nos miró a nosotros. Tenía la lengua sobre el labio inferior, y empezó a remover el polvo con el pie.

Me eché al hombro la cesta de pesca. Le alargué a papá su caña y cogí la mía.

—¿Nos vamos ya? —preguntó papá—. Eh, Dummy, ¿nos vamos ya?

Dummy se quitó el sombrero y, con la misma mano, se pasó la muñeca por la cabeza. Se dio la vuelta con gesto brusco, y lo seguimos por el mullido pasto. De trecho en trecho se alzaba una agachadiza de las matas de hierba que había al borde de los viejos surcos.

Al final del prado, el terreno descendía suavemente y se hacía seco y pedregoso, con matojos de ortigas y robles arbustivos diseminados aquí y allá. Torcimos hacia la derecha y seguimos un viejo sendero de huellas de coche y nos adentramos en un campo de algodoncillo que nos llegaba a la cintura. Los capullos secos que coronaban los tallos chasqueaban con violencia a nuestro paso. Al poco vi el brillo del agua por encima del hombro de Dummy, y le oí gritar a papá.

—¡Oh, Dios, mirad eso!

Pero Dummy aminoró el paso y siguió alzando la mano y echándose el sombrero hacia atrás y hacia adelante, y al final se paró en seco.

Papá dijo:

—Bien, ¿qué te parece, Dummy? ¿Te da igual un sitio que otro? ¿Por dónde quieres que empecemos?

Dummy se mojó el labio inferior.

—¿Qué es lo que te pasa, Dummy? —indagó papá—. Es tu charca, ¿no es eso?

Dummy bajó los ojos y se quitó una hormiga del mono.

—Bien, diablos —dijo papá, respirando al fin. Sacó el reloj—. Si te sigue pareciendo bien, será mejor que nos pongamos a ello antes de que anochezca.

Dummy se metió las manos en los bolsillos y se volvió hacia la charca. Siguió andando. Lo seguimos lentamente. Ahora veíamos toda la charca; las inquietas percas rizaban el agua. De cuando en cuando saltaba alguna limpiamente y volvía a zambullirse.

—Santo Dios —le oí exclamar a mi padre.

Avanzamos por un espacio abierto, una especie de playa de guijarros, y llegamos hasta la charca.

Papá se acercó a mí y se puso en cuclillas. Hice lo mismo. Miró el agua que teníamos delante, y cuando miré donde él miraba vi lo que le había hecho agacharse.

—¿Será posible? —susurró.

Una bandada de percas avanzaba lentamente por el agua; eran veinte, treinta, y ninguna de ellas de menos de dos libras. Cambiaron de dirección y se alejaron, y después dieron la vuelta y volvieron, y el grupo era tan denso que parecía que iban chocándose unas con otras. Veía sus grandes ojos de pesados párpados mirándonos al pasar. Volvieron a alejarse, y de nuevo se acercaron.

Lo estaban pidiendo. Daba igual que estuviéramos agachados o de pie. Las percas no nos prestaban la más mínima atención. Era algo digno de verse.

Nos quedamos allí sentados largo rato, mirando aquel montón de peces que nadaba a su aire tan inocentemente, mientras Dummy no paraba de estirarse los dedos y de mirar alrededor como si temiera que fuera a aparecer alguien. Aquí y allá, por toda la charca, las percas subían y asomaban el morro o brincaban limpiamente y volvían a zambullirse o ascendían hasta la superficie y nadaban con la aleta dorsal cortando el agua.

Papá dio la señal y nos levantamos para lanzar el sedal. No exagero: la excitación me hacía temblar. Apenas pude desclavar el señuelo del mango de corcho de la caña. En el momento en que trataba de preparar los anzuelos sentí que Dummy me agarraba el hombro con sus grandes dedos. Miré, y en respuesta Dummy dirigió la barbilla hacia papá. Lo que quería no podía estar más claro: una caña nada más.

Papá se quitó el sombrero y se lo volvió a poner y se acercó hasta donde yo estaba.

—Adelante, Jack —dijo—. Está bien, hijo... ahora hazlo.

Miré a Dummy justo antes de lanzar el sedal. Se le había puesto la cara rígida y un fino hilo de baba le caía por la barbilla.

—Respóndele a la mamona con fuerza cuando tire —dijo papá—. Estas hijas de perra tienen las bocas duras como picaportes.

Solté la palanca del freno y eché hacia atrás el brazo. Lancé el sedal a más de diez metros. El agua se encrespó antes incluso de que me diera tiempo a tensar el hilo.

—¡Dale! —gritó papá—. ¡Dale a esa hija de perra! ¡Dale fuerte!

Respondí muy fuerte, dos veces. La tenía, la tenía bien cogida. La caña se combó y brincó una y otra vez. Papá seguía gritándome qué hacer.

—¡Déjala, déjala! ¡Déjala correr! ¡Dale más hilo! ¡Ahora recoge! ¡Recoge! ¡No, déjala correr! ¡Ohhh...! ¡¿Estáis viendo eso?!

La perca bailaba de un lado a otro de la charca. Cada vez que salía fuera del agua, sacudía la cabeza con tanta violencia que hacía que el señuelo emitiera un vivo golpeteo. Luego volvía a alejarse por la charca. Pero al final acabé cansándola y teniéndola muy cerca. Era enorme, tal vez de seis o siete libras. Estaba de costado, vapuleada, con la boca abierta, haciendo trabajar las branquias. Mis rodillas estaban tan débiles que apenas podía tenerme en pie. Pero mantuve la caña en alto y el hilo tenso.

Papá entró en la charca en zapatos. Pero cuando llegó a la perca, Dummy empezó a farfullar y a sacudir la cabeza y a agitar los brazos.

—¿Y ahora qué diablos te pasa, Dummy? El chico ha cogido la perca más grande que he visto en mi vida, y no voy a dejarla ir, como hay Dios.

Dummy seguía en sus trece y hacía gestos en dirección a la charca.

—No tengo intención de soltar lo que ha pescado el chico. ¿Me oyes, Dummy? Estás muy equivocado si piensas que voy a hacerlo.

Dummy intentó cogerme el sedal. La perca, mientras tanto, había recuperado fuerzas. Se enderezó y volvió a alejarse nadando. Grité y perdí la cabeza y bajé de golpe el freno del carrete y empecé a recoger hilo. La perca emprendió una última carrera furiosa.

Y eso fue todo. El hilo se rompió. Por poco me caigo de espaldas.

—Vámonos, Jack —dijo papá, y le vi coger su caña—. Vámonos, antes de que le parta la cara a este maldito imbécil.

Aquel febrero el río se desbordó.

Había nevado mucho las primeras semanas de diciembre, y antes de Navidad hizo verdadero frío. El suelo se heló. La nieve quedó cuajada allí donde había caído. Pero hacia finales de enero azotó el viento cálido de las Montañas Rocosas. Una mañana, al despertar, lo oí golpear con violencia contra la casa y oí cómo caía del borde del tejado una especie de tenaz llovizna.

El viento azotó durante cinco días, y al tercero el río empezó a crecer.

—Ha subido a quince pies —dijo mi padre una noche por encima del periódico—. Tres pies más de lo que necesita para desbordarse. El viejo Dummy va a perder sus tesoros.

Yo quería bajar al Moxee Bridge a ver lo crecido que pasaba el río. Pero mi padre no me dejó. Dijo que una riada no era nada agradable de ver.

La máxima crecida tuvo lugar dos días después; luego el caudal empezó a descender.

Una semana más tarde, Orin Marshall y Danny Owens y yo fuimos en bicicleta una mañana a casa de Dummy. Dejamos las bicicletas y echamos a andar por el prado que lindaba con el terreno de Dummy.

Era un día húmedo, ventoso, de nubes oscuras y desgarradas que se desplazaban velozmente por el cielo. El terreno estaba empapado y no parábamos de meternos en charcos que surgían en medio de la hierba tupida. Danny, que en aquel tiempo estaba aprendiendo a maldecir, llenaba el aire con lo mejor de su repertorio cada vez que se metía en uno. Al final del prado vimos el río crecido. El agua seguía alta y fuera de su cauce, y se agolpaba alrededor de los troncos de los árboles y ganaba terreno a las orillas. Hacia la mitad del cauce la corriente se movía turbulenta y velozmente, y de cuando en cuando se veía flotar un arbusto, o un árbol con las ramas apuntando al cielo.

Al llegar a la alambrada de Dummy vimos una vaca que había quedado aprisionada contra ella. Tenía el cuerpo hinchado y la piel brillante y gris. Era el primer cadáver de cualquier especie que veía en mi vida. Recuerdo que Orin cogió un palo y tocó con él sus ojos abiertos.

Seguimos la alambrada en dirección al río. No queríamos acercarnos a ella por temor a que siguiera estando electrificada. Pero al llegar al borde de lo que parecía un hondo canal, vimos que se había acabado la alambrada. El terreno se había hundido en el agua, sencillamente. Y con él se había hundido la alambrada.

Pasamos al otro lado y seguimos el nuevo canal, que se adentraba en el terreno de Dummy y desembocaba directamente en su charca; la atravesaba longitudinalmente y forzaba una salida al otro extremo, y torcía luego para unirse con el río más adelante.

No había duda de que la mayoría de las percas de Dummy había muerto. Pero las que se habían librado podían ir y venir a su antojo.

Entonces vi a Dummy. Y el verlo me asustó. Me acerqué a mis amigos, y los tres nos agachamos.

Dummy estaba de pie en el extremo más alejado de la charca, cerca del punto por donde el agua escapaba a raudales. Allí de pie, sin más: el hombre más triste que he visto en mi vida.

—Y sin embargo me da pena el viejo Dummy —dijo mi padre en la cena semanas después—. Claro que el pobre diablo se lo ha buscado él mismo. Pero uno no puede sino compadecerle.

Papá siguió contando que George Laycock había visto a la mujer de Dummy en el ►



"Si me preguntara de pronto: ¿miras el Edén? Yo debería decirle: el Edén arde." (Rainer María Rilke)

"Toda la idea del Oeste está ahí. Ese paisaje mítico que no ha sido verdaderamente conquistado. Todo lo contrario." (W.W..)

Hemingway no sería el único

—¿Qué autores en particular han influenciado su desarrollo literario?

—Ernest Hemingway, sin lugar a dudas, pero creo que de alguna forma somos todos hijos de Hemingway, por lo menos los escritores que a mí me interesan. Chéjov, por cierto y Tolstoi. Hay un escritor ruso llamado Isaac Babel, cuyos cuentos me influenciaron mucho cuando los leí. Especialmente Tolstoi. Los cuentos cortos y las novelas de Tolstoi. A menudo un escritor se encuentra en la posición —o por lo menos a este escritor le sucede —de admirar a escritores que son bastante disímiles de lo que uno está haciendo o tratando de hacer.

—¿Cuántos de sus cuentos surgen de su experiencia personal? Sé que luchó contra el alcoholismo en los '70 y esto aparece bastante a menudo en su obra.

—Los cuentos no salen de burbujas, por supuesto, y los cuentos que yo más admiro tienen un punto de partida, una línea de referencia, del mundo real, al mundo de ficción que trato de crear.

(De una entrevista en Speak Up, Planeta - De Agostini, Barcelona, 1988)

Un Tío llamado Buk(owski)

Lo conocí en el '71 en una universidad al norte de Nueva York, donde vino a leer unos poemas. Empezó insultando a todo el mundo y amenazó tirar por la ventana a todos los que se pusieron pesados. "Hay un solo poeta en este país esta noche —dijo a los gritos— y se llama Charles Bukowski. Yo". Después fuimos todos a una fiesta que le daban los estudiantes. Buk se tiró en el piso y se dedicó a fumar sus fasos y a ignorar a todo el mundo. Si se le acercaba alguien a decirle: "Lo admiro desde que yo tenía 20 años", Buk escupía en la alfombra y le gritaba: "Eso demuestra la mierda que tenés en la cabeza. Si necesitara tu admiración la pediría. Mientras tanto, ¿por qué no te vas al carajo?".

Después vino a mi cuarto a terminar una botella y estuvo hablando de él mismo hasta que se hizo de día. A la mañana fuimos a un bar a tomar el desayuno y cada cinco minutos Buk salía afuera corriendo y vomitaba contra una pared. Después volvía y seguía comiendo como si nada, hablando sin parar de la gente que le gustaría tirar por la ventana. Tenía restos de vómito colgándole de la barba y goteando sobre su plato.

Lo increíble de Buk es que siga siendo auténtico. Es un tipo rarísimo. Lo único que siente por sus admiradores es desprecio. A su público le encanta eso, obviamente. Ahora está podrido en guita: vive en esa mansión enorme de California y se lo pasa dando vueltas en su BMW. Ya llegó a ese punto en que puede escribir cualquier mierda que se le antoje y seguir zafando.

(*de una entrevista a Raymond Carver aparecida en la revista inglesa* Blitz, *en marzo de 1987. Traducción Juan Forn*)



"En otra ciudad, uno sale de la habitación del hotel. Otro entra. El lugar está todavía caliente." (W.W.)

RCERA
COSAS
ABARON
PADRE

nd Carver

—le llamó papá—. ¡Eh, Dummy, ¿dónde está tu caña, Dummy?

Dummy movió agitadamente la cabeza. Desplazó su peso de una pierna a otra y miró al suelo y luego nos miró a nosotros. Tenía la lengua sobre el labio inferior, y empezó a remover el polvo con el pie.

Me eché al hombro la cesta de pesca. Le alargué a papá su caña y cogí la mía.

—¿Nos vamos ya? —preguntó papá—. Eh, Dummy, ¿nos vamos ya?

Dummy se quitó el sombrero y, con la misma mano, se pasó la muñeca por la cabeza. Se dio la vuelta con gesto brusco, y lo seguimos por el mullido pasto. De trecho en trecho se alzaba una agachadiza de las matas de hierba que había al borde de los viejos surcos.

Al final del prado, el terreno descendía suavemente y se hacía seco y pedregoso, con matojos de ortigas y robles arbustivos diseminados aquí y allá. Torcimos hacia la derecha y seguimos un viejo sendero de huellas de coche y nos adentramos en un campo de algodoncillo que nos llegaba a la cintura. Los capullos secos que coronaban los tallos chasqueaban con violencia a nuestro paso. Al poco vi el brillo del agua por encima del hombro de Dummy, y le oí gritar a papá.

—¡Oh, Dios, mirad eso!

Pero Dummy aminoró el paso y siguió alzando la mano y echándose el sombrero hacia atrás y hacia adelante, y al final se paró en seco.

Papá dijo:

—Bien, ¿qué te parece, Dummy? ¿Te da igual un sitio que otro? ¿Por dónde quieres que empecemos?

Dummy se mojó el labio inferior.

—¿Qué es lo que te pasa, Dummy? —indagó papá—. Es tu charca, ¿no es eso?

Dummy bajó los ojos y se quitó una hormiga del mono.

—Bien, diablos —dijo papá, respirando al fin. Sacó el reloj—. Si te sigue pareciendo bien, será mejor que nos pongamos a ello antes de que anochezca.

Dummy se metió las manos en los bolsillos y se volvió hacia la charca. Siguió andando. Lo seguimos lentamente. Ahora veíamos toda la charca; las inquietas percas rizaban el agua. De cuando en cuando saltaba alguna limpiamente y volvía a zambullirse.

—Santo Dios —le oí exclamar a mi padre.

Avanzamos por un espacio abierto, una especie de playa de guijarros, y llegamos hasta la charca.

Papá se acercó a mí y se puso en cuclillas. Hice lo mismo. Miró el agua que teníamos delante, y cuando miró donde él miraba vi lo que le había hecho agacharse.

—¿Será posible? —susurró.

Una bandada de percas avanzaba lentamente por el agua; eran veinte, treinta, y ninguna de ellas de menos de dos libras. Cambiaron de dirección y se alejaron, y después dieron la vuelta y volvieron, y el grupo era tan denso que parecía que iban chocándose unas con otras. Veía sus grandes ojos de pesados párpados mirándonos al pasar. Volvieron a alejarse, y de nuevo se acercaron.

Lo estaban pidiendo. Daba igual que estuviéramos agachados o de pie. Las percas no nos prestaban la más mínima atención. Era algo digno de verse.

Nos quedamos allí sentados largo rato, mirando aquel montón de peces que nadaba a su aire tan inocentemente, mientras Dummy no paraba de estirarse los dedos y de mirar alrededor como si temiera que fuera a aparecer alguien. Aquí y allá, por toda la charca, las percas subían y asomaban el morro o brincaban limpiamente y volvían a zambullirse o ascendían hasta la superficie y nadaban con la aleta dorsal cortando el agua.

Papá dio la señal y nos levantamos para lanzar el sedal. No exagero: la excitación me hacía temblar. Apenas pude desclavar el señuelo del mango de corcho de la caña. En el momento en que trataba de preparar los anzuelos sentí que Dummy me agarraba el hombro con sus grandes dedos. Miré, y en respuesta Dummy dirigió la barbilla hacia papá. Lo que quería no podía estar más claro: una caña nada más.

Papá se quitó el sombrero y se lo volvió a poner y se acercó hasta donde yo estaba.

—Adelante, Jack —dijo—. Está bien, hijo... ahora hazlo.

Miré a Dummy justo antes de lanzar el sedal. Se le había puesto la cara rígida y un fino hilo de baba le caía por la barbilla.

—Respóndele a la mamona con fuerza cuando tire —dijo papá—. Estas hijas de perra tienen las bocas duras como picaportes.

Solté la palanca del freno y eché hacia atrás el brazo. Lancé el sedal a más de diez metros. El agua se encrespó antes incluso de que me diera tiempo a tensar el hilo.

—¡Dale! —gritó papá—. ¡Dale a esa hija de perra! ¡Dale fuerte!

Respondí muy fuerte, dos veces. La tenía, la tenía bien cogida. La caña se combó y brincó una y otra vez. Papá seguía gritándome qué hacer.

—¡Déjala, déjala! ¡Déjala correr! ¡Dale más hilo! ¡Ahora recoge! ¡Recoge! ¡No, déjala correr! ¡Ohhh...! ¡¿Estáis viendo eso?!

La perca bailaba de un lado a otro de la charca. Cada vez que salía fuera del agua, sacudía la cabeza con tanta violencia que hacía que el señuelo emitiera un vivo golpeteo. Luego volvía a alejarse por la charca. Pero al final acabé cansándola y teniéndola muy cerca. Era enorme, tal vez de seis o siete libras. Estaba de costado, vapuleada, con la boca abierta, haciendo trabajar las branquias. Mis rodillas estaban tan débiles que apenas podía tenerme en pie. Pero mantuve la caña en alto y el hilo tenso.

Papá entró en la charca en zapatos. Pero cuando llegó a la perca, Dummy empezó a farfullar y a sacudir la cabeza y a agitar los brazos.

—¿Y ahora qué diablos te pasa, Dummy? El chico ha cogido la perca más grande que he visto en mi vida, y no voy a dejarla ir, como hay Dios.

Dummy seguía en sus trece y hacía gestos en dirección a la charca.

—No tengo intención de soltar lo que ha pescado el chico. ¿Me oyes, Dummy? Estás muy equivocado si piensas que voy a hacerlo.

Dummy intentó cogerme el sedal. La perca, mientras tanto, había recuperado fuerzas. Se enderezó y volvió a alejarse nadando. Grité y perdí la cabeza y bajé de golpe el freno del carrete y empecé a recoger hilo. La perca emprendió una última carrera furiosa.

Y eso fue todo. El hilo se rompió. Por poco me caigo de espaldas.

—Vámonos, Jack —dijo papá, y le vi coger su caña—. Vámonos, antes de que le parta la cara a este maldito imbécil.

Aquel febrero el río se desbordó.

Había nevado mucho las primeras semanas de diciembre, y antes de Navidad hizo verdadero frío. El suelo se heló. La nieve quedó cuajada allí donde había caído. Pero hacia finales de enero azotó el viento cálido de las Montañas Rocosas. Una mañana, al despertar, lo oí golpear con violencia contra la casa y oí cómo caía del borde del tejado una especie de tenaz llovizna.

El viento azotó durante cinco días, y al tercero el río empezó a crecer.

—Ha subido a quince pies —dijo mi padre una noche por encima del periódico—. Tres pies más de lo que necesita para desbordarse. El viejo Dummy va a perder sus tesoros.

Yo quería bajar al Moxee Bridge a ver lo crecido que pasaba el río. Pero mi padre no me dejó. Dijo que una riada no era nada agradable de ver.

La máxima crecida tuvo lugar dos días después; luego el caudal empezó a descender.

Una semana más tarde, Orin Marshall y Danny Owens y yo fuimos en bicicleta una mañana a casa de Dummy. Dejamos las bicicletas y echamos a andar por el prado que lindaba con el terreno de Dummy.

Era un día húmedo, ventoso, de nubes oscuras y desgarradas que se desplazaban velozmente por el cielo. El terreno estaba empapado y no parábamos de meternos en charcos que surgían en medio de la hierba tupida. Danny, que en aquel tiempo estaba aprendiendo a maldecir, llenaba el aire con lo mejor de su repertorio cada vez que se metía en uno. Al final del prado vimos el río crecido. El agua seguía alta y fuera de su cauce, y se agolpaba alrededor de los troncos de los árboles y ganaba terreno a las orillas. Hacia la mitad del cauce la corriente se movía turbulenta y velozmente, y de cuando en cuando se veía flotar un arbusto, o un árbol con las ramas apuntando al cielo.

Al llegar a la alambrada de Dummy vimos una vaca que había quedado aprisionada contra ella. Tenía el cuerpo hinchado y la piel brillante y gris. Era el primer cadáver de cualquier especie que veía en mi vida. Recuerdo que Orin cogió un palo y tocó con él sus ojos abiertos.

Seguimos la alambrada en dirección al río. No queríamos acercarnos a ella por temor a que siguiera estando electrificada. Pero al llegar al borde de lo que parecía un hondo canal, vimos que se había acabado la alambrada. El terreno se había hundido en el agua, sencillamente. Y con él se había hundido la alambrada.

Pasamos al otro lado y seguimos el nuevo canal, que se adentraba en el terreno de Dummy y desembocaba directamente en su charca; la atravesaba longitudinalmente y forzaba una salida al otro extremo, y torcía luego para unirse con el río más adelante.

No había duda de que la mayoría de las percas de Dummy había muerto. Pero las que se habían librado podían ir y venir a su antojo.

Entonces vi a Dummy. Y el verlo me asustó. Me acerqué a mis amigos, y los tres nos agachamos.

Dummy estaba de pie en el extremo más alejado de la charca, cerca del punto por donde el agua escapaba a raudales. Allí de pie, sin más: el hombre más triste que he visto en mi vida.

—Y sin embargo me da pena el viejo Dummy —dijo mi padre en la cena semanas después—. Claro que el pobre diablo se lo ha buscado él mismo. Pero uno no puede sino compadecerle.

Papá siguió contando que George Laycock había visto a la mujer de Dummy en el

▶



"Si me preguntara de pronto: ¿miras el Edén? Yo debería decirle: el Edén arde." (Rainer María Rilke)

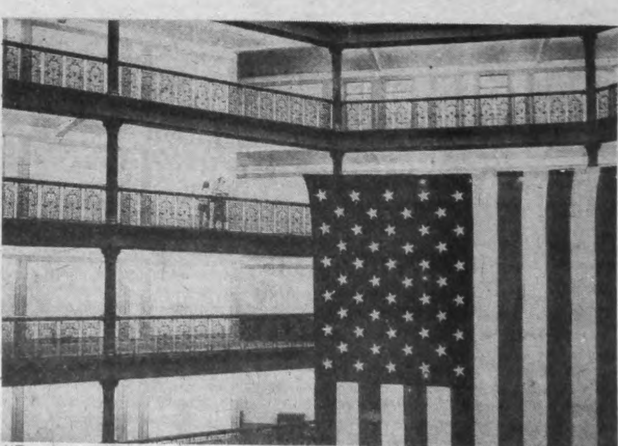
Un Tío llamado Buk(owski)

Lo conocí en el '71 en una universidad al norte de Nueva York, donde vino a leer unos poemas. Empezó insultando a todo el mundo y amenazó tirar por la ventana a todos los que se pusieron pesados. "Hay un solo poeta en este país esta noche —dijo a los gritos— y se llama Charles Bukowski. Yo". Después fuimos todos a una fiesta que le daban los estudiantes. Buk se tiró en el piso y se dedicó a fumar sus fasos y a ignorar a todo el mundo. Si se le acercaba alguien a decirle: "Lo admiro desde que yo tenía 20 años", Buk escupía en la alfombra y le gritaba: "Eso demuestra la mierda que tenés en la cabeza. Si necesitara tu admiración la pediría. Mientras tanto, ¿por qué no te vas al carajo?".

Después vino a mi cuarto a terminar una botella y estuvo hablando de él mismo hasta que se hizo de día. A la mañana fuimos a un bar a tomar el desayuno y cada cinco minutos Buk salía afuera corriendo y vomitaba contra una pared. Después volvía y seguía comiendo como si nada, hablando sin parar de la gente que le gustaría tirar por la ventana. Tenía restos de vómito colgándole de la barba y goteando sobre su plato.

Lo increíble de Buk es que siga siendo auténtico. Es un tipo rarísimo. Lo único que siente por sus admiradores es desprecio. A su público le encanta eso, obviamente. Ahora está podrido en guita: vive en esa mansión enorme de California y se lo pasa dando vueltas en su BMW. Ya llegó a ese punto en que puede escribir cualquier mierda que se le antoje y seguir zafando.

(de una entrevista a Raymond Carver aparecida en la revista inglesa Blitz, en marzo de 1987. Traducción Juan Forn)



"En otra ciudad, uno sale de la habitación del hotel. Otro entra. El lugar está todavía caliente." (W.W.)



Sportsman's Club con un tipo grande, un mexicano.

—Y eso no es nada...

Mi madre le lanzó una mirada penetrante, y luego me miró a mí. Pero yo seguí comiendo como si no hubiera oído nada.

Papá masculló:

—¡Maldita sea, Bea, el chico tiene edad más que suficiente!

Había cambiado mucho. Me refiero a Dummy. Ya no se acercaba a nadie si podía evitarlo. Y a nadie se le ocurría ya hacerle bromas, al menos desde que había perseguido a Carl Lowe con un largo madero de dos por cuatro (Carl le había dado un golpecito a su sombrero y lo había tirado al suelo). Pero lo peor de todo era que Dummy faltaba al trabajo uno o dos días por semana, y se rumoreaba que lo iban a despedir.

—Ese hombre está perdiendo los estribos —dijo papá—. Acabará completamente loco si no se anda con ojo.

Un domingo por la tarde, días antes de mi cumpleaños, papá y yo limpiábamos el garaje. Era un día cálido e indolente. Podía verse el polvo suspendido en el aire. Mi madre salió a la puerta de atrás y dijo:

—Del, es para ti. Creo que es Vern.

Papá entró a lavarse, y le seguí. Cuando terminó de hablar, colgó y se volvió a nosotros.

—Dummy —dijo—. Ha matado a su mujer con un martillo y después se ha ahogado. Vern acaba de oírlo en la ciudad.

Cuando llegamos vimos coches aparcados por todas partes. La verja del prado estaba abierta, y vi huellas de neumáticos que se dirigían a la charca.

La puerta de tela metálica estaba entreabierta, sujeta por una caja, y allí estaba aquel hombre delgado, de cara picada de viruela, con pantalones amplios y camisa deportiva y pistolera sobaquera. Nos observó a papá y a mí mientras bajábamos del coche.

—Era amigo mío —le dijo papá al hombre.

El hombre meneó la cabeza.

—Me tiene sin cuidado lo que fuera. Váyase de aquí a menos que tenga que hacer algo concreto.

—¿Lo han encontrado? —dijo papá.

—Están rastreando —dijo el hombre, y se ajustó la pistola en la funda.

—¿Podríamos acercarnos? Era un buen amigo mío.

El hombre dijo:

—Arriésguese si quiere. Lo van a echar de allí: no diga que no se le he advertido.

Nos adentramos en el prado y seguimos una senda casi idéntica a la del día de la pesca fallida. Había dos motoras recorriendo la charca, y sucias masas de gas de escape colgando sobre el agua. Vimos el sitio donde la crecida había comido el terreno y arrasado árboles y rocas. En las lanchas había hombres uniformados; rastreaban la charca aquí y allá, uno al timón y otro manejando la soga y los garfios.

Una ambulancia esperaba en la playa de guijarros donde papá y yo habíamos lanzado el sedal para pescar las percas de Dummy. Dos hombres de blanco se apoyaban sobre la trasera y fumaban cigarrillos.

Una de las lanchas paró el motor. Todos miramos. El hombre de popa se puso en pie y empezó a tirar hacia arriba con su soga. Al poco afloró a la superficie un brazo. Al parecer los garfios habían prendido a Dummy por un costado. El brazo se sumergió, y luego volvió a asomar junto con un bulto irreconocible.

No es él, pensé. Es algo que ha estado ahí abajo durante años.

El hombre de proa fue hasta la popa, y entre los dos hombres subieron el fardo empapado y lo hicieron descansar sobre un costado de la lancha.

Miré a papá. La cara que había puesto era muy extraña.

—Mujeres —dijo. Y Añadió—: Ahí tienes lo que puede pasarte si te equivocas de mujer, Jack.

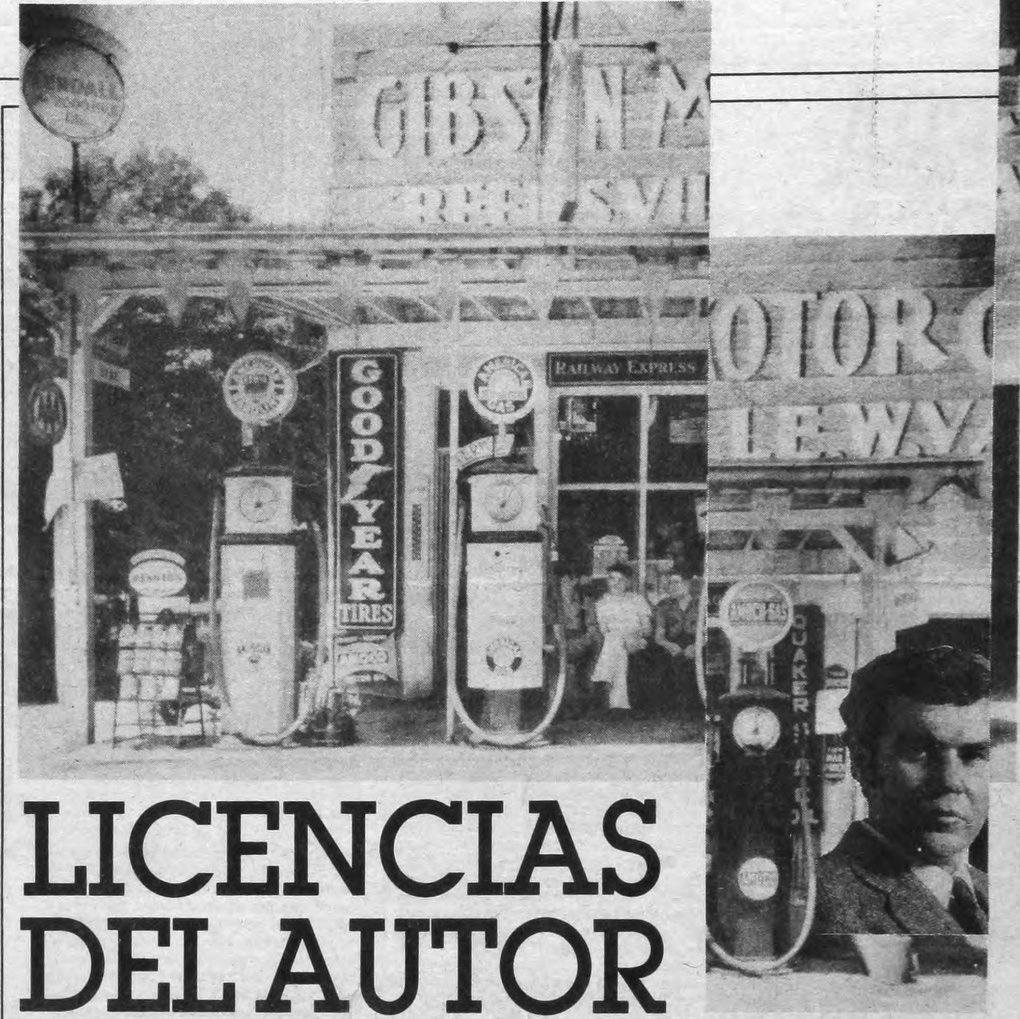
Pero no creo que creyese de verdad lo que decía. Creo que sencillamente no sabía a quién culpar o qué decir.

A partir de entonces creo que las cosas empezaron a irle mal a mi padre. Le pasó lo que a Dummy: ya no era el mismo. Aquel brazo saliendo del agua y volviendo a hundirse fue como un adiós a los buenos tiempos y una caída en los malos. Porque eso es lo que fueron los años que siguieron al día en que Dummy se quitó la vida ahogándose en aquella charca oscura.

¿Es eso lo que sucede cuando muere un amigo? ¿La mala suerte para los camaradas que deja atrás?

Pero, como ya he dicho, Pearl Harbor y tener que volver a la granja de su padre tampoco le hicieron ningún bien a papá.

[1] *Dolly Varden:* trucha de manchas rojas en los lomos, común en los arroyos al oeste de las Montañas Rocosas. *(N. del T.)*



LICENCIAS DEL AUTOR

Por Raymond Carver

1. Debo confesar que me ataca un poco los nervios oír hablar de "innovaciones formales" en la narración. Muy a menudo, la "experimentación" no es más que un pretexto para la falta de imaginación, para la vacuidad absoluta. Muy a menudo no es más que una licencia que se toma el autor para alienar —y maltratar, incluso— a sus lectores. Esa escritura, con harta frecuencia, nos despoja de cualquier dato sobre el mundo, se limita a describir una desierta tierra de nadie, en la que pululan lagartos sobre algunas dunas, pero en la que no hay gente; una tierra sin habitar por algún ser humano reconocible; un lugar que quizá sólo resulte interesante para un puñado de especializadísimos científicos.

2. *Abjura de la despreocupación* en la escritura, así como lo harías en la vida.

3. Los escritores escriben, y escriben, y siguen escribiendo, en ciertos casos hasta mucho después de que la sabiduría o incluso el sentido común les han indicado que abandonaran. Siempre hay muchos motivos —buenos, poderosos motivos, también— para abandonar, o para no escribir mucho o muy en serio. (Escribir es vérselas con problemas, no nos equivoquemos, para todos los implicados, ¿y quién necesita problemas?) Pero muy de vez en cuando cae el rayo, y de vez en cuando cae muy temprano en la vida de un escritor. A veces cae más tarde, después de años de trabajo. Y a veces, con la mayor frecuencia, desde luego, nunca ocurre en absoluto. Extrañamente, al parecer, puede caerle a gente cuya obra no puedes soportar, hecho que, cuando ocurre, te hace sentir que no hay justicia en el mundo. (No la hay, por lo general.) Puede caerle al hombre o la mujer que es o era tu amigo o amiga, quien bebía demasiado, o no bebía nada, que se escapó con la esposa o el esposo de alguien, o la hermana, después de una fiesta a la que fueron juntos, tú y él o ella. El joven escritor que se sentaba al fondo de la clase y nunca tenía nada que decir sobre nada. El bobo, según creías. El escritor que no podía, ni en la más loca fantasía, entrar en la lista de diez mejores promesas de nadie. A veces ocurre. El caballo "tapado". El rayo cae, o no cae. (Como es natural, es más divertido cuando cae.) Pero nunca, nunca caerá sobre aquellos que no trabajen duro en la cuestión y que no consideren el acto de escribir como algo muy cercano a lo más importante de sus vidas, muy cerca del aire, la comida, la vivienda, y el amor, y Dios.

4. Opciones. Conflicto. Drama. Consecuencia. *Narrativa.*

5. Tengo amigos que me cuentan que deben acelerar la conclusión de uno de sus libros porque necesitan el dinero o porque sus editores, o sus esposas, los apremian. "Lo haría mejor si tuviera más tiempo", dicen. No sé qué decir cuando un amigo novelista me dice algo así. Ese no es mi problema.

5. Nadie podría ponerse a leer páginas y más páginas que describieran el *verdadero* modo en que habla la gente, páginas sobre lo que *verdaderamente* ocurre en sus vidas. De ser así, se pondrían a bostezar, sin duda. Si lees mis relatos con atención, no creo que encuentres a ningún personaje que hable tal como habla la gente en la vida real. Todo el mundo dice que Hemingway tenía un gran oído para el diálogo, y eso es verdad. Pero nadie habla, en la vida real, tal como hablan los personajes ficticios de Hemingway. Al menos, nadie habla así hasta haber leído a Hemingway.

6. John Gardner, del que fui alumno, no por nada me dio un consejo que adopté de inmediato: "Si puedes expresarlo en quince palabras en vez de hacerlo en veinte o treinta, exprésalo en quince". Esto tuvo para mí la intensidad de una súbita revelación. Yo andaba por ese entonces buscando a tientas la manera de expresarme, y lo que me dijo así de pronto concordaba en cierto modo con lo que yo ya estaba persiguiendo. Para mí, volver sobre lo que pasaba en la página y refinarlo, eliminar el material de relleno, era lo más natural del mundo. En los últimos días estuve leyendo las cartas de Flaubert; en alguna parte comenta algo muy importante para mi propia estética. Cuando se encontraba escribiendo *Madame Bovary*, suspendía el trabajo a media noche o de madrugada y le escribía a su amante, Louise Colet, sobre la construcción narrativa y su concepción estética. En una de esas cartas hay un pasaje que me maravilla, y que dice así: "El artista, en su obra, debe ser como Dios en su creación: invisible y todopoderoso, tiene que sentírsele en todas partes sin que se le vea en ninguna". Me gusta en especial esta última observación.

7. Me siento perfectamente cómodo con mis personajes. He conocido gente de ese tipo durante toda mi vida. En lo esencial, también yo soy uno de esos personajes aturdidos y confusos; provengo de gente así, he trabajado con gente así durante años, y con ellos me he ganado la vida. Por eso nunca he sentido el menor interés en escribir un relato o un poema relacionado con la vida académica, con profesores, estudiantes y demás. Todo eso no me interesa, lisa y llanamente. Las cosas que me han causado una impresión imborrable son las que he visto en las vidas que me han rodeado, las vidas de que he sido testigo, aparte de la mía propia. Y éstas son las vidas de personas que llegaban a sentir verdadero pánico cuando alguien llamaba a su puerta, de día o de noche, o cuando sonaba el teléfono; personas que no sabían cómo iban a pagar el alquiler, o qué hacer si se les estropeaba la heladera. Anatole Broyard intentá criticar mi cuento "Conservación" diciendo lo siguiente: "Muy bien, se les estropea la heladera... ¿por qué no llaman a un técnico para que se las arregle?". Ese tipo de comentario es estúpido. Llamas a un técnico para que te arregle la heladera y tienes que darle sesenta dólares, y vaya a saber si no tendrás que pagarle más en caso de que la avería sea grave. A lo mejor Broyard no es consciente de ello, pero hay gente que no se puede permitir el lujo de llamar a un técnico que les va a cobrar sesenta dólares, así como tampoco van al médico cuando están enfermos, por la sencilla razón de que no tienen seguro, y se les echa a perder la dentadura porque no pueden pagarse un dentista cuando les hace falta. Ese tipo de situaciones a mí no me parecen ni irreales ni artificiosas. Tampoco creo que por haberme centrado en ese tipo de personas esté haciendo algo verdaderamente distinto de lo que hacen otros escritores. Hace ya cien años Chéjov escribía sobre una población sumergida semejante.

8. No creo tener una predisposición anti-intelectual. Se trata, lisa y llanamente, de que existen obras que me provocan una respuesta inmediata y otras que funcionan a ciertos niveles con los que no llego a conectar. Creo que no me interesa lo que podríamos denominar el "poema bien hecho", por poner un ejemplo. Al verlos, la reacción que más me tienta es la de exclamar: "¡Ah, pero eso no es más que poesía!". Yo busco algo distinto, algo más que un buen poema. Cualquier buen alumno de un curso sobre escritura creativa está en condiciones de hacer un buen poema. Busco algo más que todo eso. Puede que busque algo más duro.